

vasto seno de la tierra. Ni los coros de las Musas desdeñan esta comarca, ni Vénus la de las áureas riendas.

« Hay tambien un árbol que, segun dicen, no nace en tierra de Asia, ni en la grande isla dórica de Pelope (1); un árbol no por mano mortal plantado; que crece sin cultivo; ante el cual retroceden las lanzas enemigas (2); que en ninguna parte verdea mas lozano que en esta comarca: es el olivo de pálido follaje, el sosten (3) de la niñez (4). Ningun jefe enemigo, jóven ni viejo (5), lo extirpará del suelo con su destructora diestra; que siempre están fijas en él las miradas protectoras de Júpiter Morio (6) y de Minerva la de los ojos azules.

« Otro mérito tengo que decir tambien de esta metrópoli, magnífico don de un dios poderoso, y la gloria mas noble de nuestro país: es el arte de domar los corceles, y el imperio de los mares. O hijo de Saturno, rey Neptuno, tú lo elevaste á esta gloriosa altura, inventando el freno que reprime en nuestras calles la fogosa impetuosidad de los corceles. Per ti tambien la nave, que mueven las manos provistas de remos, se desliza con maravillosa agilidad por las aguas de los mares, en pos de las innumerables Nereidas (7). »

(1) El Peloponeso.

(2) Durante la guerra del Peloponeso, los lacedemonios no se atrevieron á destruir en Atica los olivos sagrados.

(3) El texto francés dice *nourricier*, voz que no tiene equivalente español en el sentido en que la usa el autor. Nosotros la traducimos por *sosten*, fundados en una de las acepciones del verbo *nourrir*, en la cual, segun el diccionario de Dominguez, este verbo significa *abrigar*, *hacer subsistir*, *hacer durar*.—(N. del T.)

(4) En los ejercicios del gimnasio, los niños se untaban con aceite.

(5) Alusion á Jérrjes, que era jóven, y á Arquídamo, que era viejo.

(6) Ese es el nombre que se daba á Júpiter protector de los olivos sagrados.

(7) *Elipo en Colona*, v. 668 y sig.

CAPÍTULO XX.

Eurípides.

VIDA DE EURÍPIDES.—FECHAS Y ARGUMENTOS DE LAS TRAGEDIAS DE EURÍPIDES.—INGENIO DRAMÁTICO DE EURÍPIDES.—PATÉTICO DE EURÍPIDES.—ESTILO DE EURÍPIDES.—ENTUSIASMO DE LOS ANTIGUOS POR EURÍPIDES.

Vida de Eurípides.

Es tan diferente el ingenio de Eurípides del de Sófocles, y ofrece tan notable contraste el modo con que ambos poetas concibieron el ideal dramático, que parece increíble que viviesen en la misma época, bajo el imperio de iguales instituciones é idénticas costumbres. Y sin embargo eran contemporáneos. Eurípides tenia algunos años menos que su rival, y Sófocles sobrevivió, si bien pocos meses, á Eurípides, que murió en edad muy avanzada.

Nació Eurípides en Salamina, en el año 486, ó segun una tradicion mas acreditada, en el de 480 antes de Jesucristo. No solo se afirma que su nacimiento aconteció en el año en que Salamina vió el descalabro de Jérrjes y el triunfo de los atenienses, sino que se quiere que viniése al mundo durante la misma batalla. Es permitido ponerlo en duda, y tener por sospechosa esta fecha, ya que no concuerdan los testimonios antiguos. Tal vez remozaron á Eurípides por amor á lo maravilloso, y para enlazar la memoria del último gran trágico con la famosa jornada en que Esquilo lidió como un héroe, y que ofreció á Sófocles la primera ocasion de desplegar su talento.

Aristófanes reprocha con mucha frecuencia á Eurípides la humildad de su origen, para que los biógrafos se hayan atrevido formalmente á convertir en eupátrida al hijo de la verdulera, como ennoblecieron quizás al hijo del herrero de Colona. Al principio le educaron para el oficio de atleta, y adiestróse en los ejercicios corporales; pero la actividad de su genio no tardó en compelerle á mas nobles estudios; y el desprecio que despues profesó á los atletas, la peor ralea del mundo, segun él (1), y la calamidad mas detestable de que era víctima la Grecia, prueba al parecer que no estaba muy agradecido á las lecciones de sus primeros maestros. Dedicóse á la pintura, luego á la oratoria, y despues á la filosofía. Pródico y Anaxágoras ejercieron un influjo decisivo en el giro de sus ideas, y contribuyeron mucho á la sutileza sofística y á la retórica algo hueca que con sobrada frecuencia deslucen sus obras. Su amigo Sócrates apenas pudo corregirle de sus defectos poéticos, y acaso coadyuvó por su parte á inveterarlos discutiendo con él espinosos problemas, y descubriéndole los secretos de la argumentación irónica.

Eurípides comenzó su carrera en 452, y al cabo de diez años alcanzó por primera vez el premio de las tragedias nuevas. Hasta entonces solo habia obtenido el segundo ó el tercer lugar. En general, no fué muy feliz, á pesar de sus esfuerzos, ó tal vez á causa de sus esfuerzos mismos: cinco veces no mas tuvo la honra de vencer á sus competidores, no obstante el gran número de piezas que presentó al concurso, las cuales ascendian á noventa y dos segun unos, y segun otros á setenta y cinco. Verdad es que en

(1) Eurípides. *Fragments del Autólico.*

442 y tambien algunos años mas adelante, el arconte epónimo, aun exigia la tetralogía. Por consiguiente, hemos de convenir en que se premiarian mas de cinco piezas de Eurípides. Digamos tambien que muchas veces pudo obtener el segundo lugar, y que no siempre era una derrota quedarse en el tercero: las representaciones subsiguientes podian dar la palma al poeta contra el fallo de los jueces; á lo menos en la opinion de los oyentes. A veces sucedia que el pueblo desechara con su gritería una pieza nueva, antes de ver toda la representación; y la pieza así despreciada no podia ponerse otra vez en escena sin que antes se tocara y retocara mas ó menos. Esta contrariedad, que ni Esquilo ni Sófoles experimentaron, hubo de sufrirla Eurípides, pues vióse obligado á corregir algunas de sus tragedias. Sin embargo, su reputación fué anmentando de dia en dia, y cuando dos ó tres años antes de su muerte se retiró á la córte del rey Arquelao de Macedonia, los atenienses lo sintieron vivamente, mas tal vez de lo que sintieron sus padres la partida de Esquilo para Siracusa y Gela. Renovando Arquelao las nobles tradiciones de los Hierones y Arcesilaos, atraía á su córte á los poetas, artistas y filósofos, y prenunciaba con su magnificencia la futura grandeza de su pueblo y su linaje.

Eurípides murió en Macedonia en 407 ó 406, unos seis meses antes que Sófoles en Atenas. Cuentan algunos que las macedonias, encolerizadas de los ultrajes que Eurípides lanzara en sus tragedias contra el sexo femenino, le destrozaron con las manos, bien así como las bacantes despedazaron antiguamente á Orfeo. Eso no es mas que la exageración de una triste realidad. Paseándose Eurípides por

una campiña solitaria, fué destrozado, no por mujeres, sino por algunos perros. Poco apreciaban seguramente las mujeres al poeta que á menudo las trató como juez severo, casi como enemigo; pero que le hiciesen sufrir el suplicio con que le amenazó de broma Aristófanes, y sobre todo que semejante suceso ocurriese en Macedonia, y que un anciano extranjero pereciese miserablemente en aquel país entonces semibárbaro por pecadillos literarios cometidos en Atica; es una historia que huele mucho á leyenda para que ni por asomo se nos ocurra la idea de sostener su autenticidad.

La noticia de la muerte de Eurípides causó en Atenas indecible sensación, y el venerable Sófocles, que nunca había tenido la menor rencilla contra su rival, unió su sentimiento con el de los atenienses. Disponíase por última vez á luchar en el concurso de las tragedias nuevas, y hacia ensayar el *Edipo en Colona*. El día de la representación, exigió que los actores se presentaran sin corona, en señal de duelo y de respeto al gran poeta que ya no existía.

Fechas y argumentos de las tragedias de Eurípides.

El tiempo ha maltratado mucho menos las obras de Eurípides que las de Sófocles y Esquilo. Quédannos de él diez y ocho tragedias íntegras, fragmentos numerosos, y largos algunos, de casi todas las demás, y un drama satírico. Vamos á citar un catálogo razonado de las diez y ocho tragedias por su orden cronológico, indicando la fecha precisa ó aproximada (1) de cada pieza, el título y la naturaleza del argumento.

438. *Alceste*. Sacrificio de la esposa de Admeto, la cual

(1) El signo (?) indica una mera probabilidad.

consiente en morir por su esposo, y á quien Hércules devuelve la vida. *Alceste* es la tragedia antigua mas patética, y tiene escenas que el mismo Racine consideraba incomparables.

431. *Medea*. Celos y desesperacion de la mujer de Jason, que hace perecer á su rival y mata á sus propios hijos. Esta tragedia es una de las obras maestras de Eurípides.

428. *Hipólito lleva corona*. Pieza retocada por Eurípides: primero se intitulaba *Hipólito oculto*, y promovió en el teatro alborotos que el autor quiso conjurar. Hipólito resiste al amor incestuoso de Fedra, y muere víctima de las imprecaciones de su padre. Hipólito es el protagonista de la tragedia; y en esto consiste la diferencia esencial del *Hipólito* de Eurípides y de la *Fedra* de Racine. En el poeta francés todo el interés se concentra en la esposa de Teseo, y hasta puede decirse que en nuestra *Fedra* es Hipólito algo mas frio y descolorido de lo que corresponde.

(?) 427. *Ion*. Creusa, hija de Erecteo, rey de Atenas, ha tenido un hijo de Apolo. El niño por ella abandonado, ha sido llevado á Delfos por Mercurio. Xuto casa con Creusa, y no teniendo hijo alguno, adopta á Ion, al mismo hijo de su esposa, quien ha sido criado por la Pitia, y á quien ni él ni Creusa conocen. Cobra esta odio al jóven figurándose que es el fruto de los amores de su esposo con alguna rival preferida: quiere envenenarle, pero luego descubre á su propio hijo en el adoptivo de Xuto. Hay alguna analogía entre la situacion del hijo de Creusa y la del niño Joas; mas no cabe comparacion entre el drama imperfecto de Eurípides y la *Atalia*, que casi es la perfeccion misma.

(?) 424. *Hécuba*. Inmolacion de Polixena sobre el sepulcro de Aquiles, y venganza que toma Hécuba de Polimestor, matador de su hijo Polidoro. El defecto capital de esta tragedia consiste en que la accion carece de unidad, ó si se quiere, en que el poeta no estrechó bastante el lazo que une sus dos partes. En cambio abunda en ella lo patético, y nunca fué Eurípides mas elocuente.

(?) 421. Los *Heráclidas*. Persecucion de los hijos de Hércules por Euristeo. Demofonte, hijo de Teseo, les da asilo en Aténas. Esta pieza es de mediano interés.

420. *Andrómaca*. En ausencia de Pirro quiere Hermiona que perezcan Andrómaca y su hijo Moloso; pero Peleo, abuelo de Pirro, les libra del furor de Hermiona y de su padre Menelao. La *Andrómaca* de Racine debe mucho á Virgilio, y se diferencia de la de Eurípides aun mucho mas que la *Fedra* francesa del *Hipólito lleva-corona*.

418. Las *Suplicantes*. Cediendo Teseo á las súplicas de las madres de los jefes argivos que perecieron ante los muros de Tebas, reclama sus cadáveres, que quedaron insepultos. Vista la denegacion de los tebanos, conquista por la fuerza de las armas aquellos tristes despojos, los cuales reciben las honras de costumbre. En nada pues se parecen, á no ser en el título, las *Suplicantes* de Eurípides y las de Esquilo.

415. Las *Troyanas*. Reparto de las cautivas despues de la toma de Troya, y muerte de Astianax, hijo de Hector, precipitado de lo alto de los muros de la ciudad. Es una obra de orden inferior, á pesar de algunas partes notables, y aunque el poeta mas patético de todos no se muestre indigno de sí mismo.

412. *Electra*. Tiene igual argumento que las *Coéforas*

de Esquilo y la *Electra* de Sófocles; pero Eurípides desconcertó toda la terrible leyenda componiendo un drama vulgar, cuyos personajes no son muy interesantes, ni siquiera muy naturales.

412. *Helena*. Menelao encuentra en Egipto á su esposa perfectamente casta y fiel; pero no era mas que una sombra de ella misma, formada por Juno, y no su persona verdadera, á quien Páris sedujera y llevara á Troya. Esta pieza, de puro capricho, es una de las que justifican el cargo que con frecuencia se dirige á Eurípides, de abandonarse con gusto á lo novelesco.

(?) 410. *Ifigenia en Táurida*. Ifigenia, sacerdotisa de Diana, conoce á Oréstes y á Pilades, que la son presentados para que les sacrifique á la diosa, y huye con ellos lejos de la Táurida. Esta tragedia es muy superior á la precedente. Admiranse con razon las escenas en que el hermano y la hermana, sin conocerse todavía, hablan de lo que mas aman en el mundo, y particularmente la escena en que se conocen, una de las mas hermosas de este género que enriquecen el teatro.

408. *Oréstes*. Despues del asesinato de la madre de Oréstes y Electra, estos son condenados á muerte por los ciudadanos de Argos. Con ayuda de Pilades, intentan vengarse de Menelao y los suyos; pero la intervencion de los dioses salva todas las vidas amagadas, y restablece la paz en la familia de los Atridas y en la ciudad de Argos. No hay mucho arte en la composicion de esta obra. Los caracteres como en la *Electra*, carecen de nobleza y dignidad, y lo patético queda harto deslucido por la exuberancia de la imaginacion y por el abuso de la retórica.

(?) 408. Las *Fenicias*. Tiene el mismo argumento que los *Siete contra Tébas* de Esquilo. El título de la pieza se debe á que el coro se compone de mujeres fenicias que se han detenido en Tébas al pasar á Delfos para consagrarse al culto de Apolo. Los caracteres de los dos hermanos están acertadamente delineados, y la entrevista de Eleócles y Polinice es una escena bellísima y de sumo efecto.

(?) 408. *Hércules furioso*. Vuelve Hércules de los infiernos y deshácese de Lico, que se había apoderado de la autoridad real en Tébas. Trastorna Juno el juicio al héroe, quien mata á su mujer é hijos; vuelto luego en sí, quiere morir. Consuélale Teseo y le lleva á Atenas, donde expiará sus involuntarios delitos. Hay en esta pieza duplicidad de acción, como en *Hécuba*; defecto que no siempre se compensa por calidades eminentes.

Después de la muerte de Eurípides, probablemente en 406, representáronse tres tragedias que el poeta compuso ó terminó durante su permanencia en Macedonia. Una de estas tragedias, intitulada *Alceon*, ya no existe; pero poseemos las otras dos, que son las *Bacantes* é *Ifigenia en Aulis*. Estas dos tragedias son, junto con *Medea*, lo mas perfecto que nos dejó Eurípides. La última es de todo punto una obra maestra, y no sabemos si Racine consiguió igualarla imitándola: sabemos sí que el original tiene alguna escena que Racine no se atrevió á reproducir; y todo lo que su ingenio añadió á las invenciones de Eurípides dista mucho en nuestro sentir, de compensar la falta del niño Oréstes, que impetraba piedad por su hermana tendiendo los brazos hácia Agamenon. El argumento de las *Bacantes* era uno de los favoritos para los primeros trágicos. Es la muerte del

terrible Panteo, despedazado por las Ménades, por haberse opuesto á la institucion del culto de Baco en Grecia. El de *Ifigenia en Aulis* no necesita mencionarse. Solo observaremos que Diana se lleva á la víctima, poniendo una corza en lugar de la hija de Agamenon.

Ninguna de las tragedias que acabamos de reseñar pertenece al principio de la carrera literaria de Eurípides, pues en 438 hacia ya catorce años que presentaba piezas á los concursos. El *Reso*, cuya fecha es imposible fijar, ni siquiera aproximadamente, es de la época en que Eurípides aun buscaba y no había hallado el verdadero camino de su ingenio: tragedia tan inferior á las demás, que muchos críticos dudan de su autenticidad. Aunque en ella se advierte algun rasgo de talento, puede afirmarse que á un hombre como Eurípides le era difícil sacar peor partido de las aventuras narradas en el libro décimo de la *Iliada*, y destigurar mas los grandes caracteres por Homero diseñados.

El Cíclope.

El *Cíclope*, cuya fecha tambien se ignora, pero que vale infinitamente mas en su género que el *Reso* en el suyo, merece que nos detengamos un rato, por ser el único drama satírico que ha llegado hasta nosotros.

Es la aventura de Ulises en la caverna de Polifemo. Eurípides amenizó la leyenda tomada del canto nono de la *Odisea*, introduciendo el elemento indispensable á todo drama satírico, esto es, los sátiros. Estos, con su padre Sileno, cayeron en manos de Polifemo mientras corrían los mares en busca de Baco, robado por unos piratas. Polifemo les ha hecho esclavos suyos: ocúpanse en apacentar sus rebaños,

y en el aseo de su vivienda. Al principio de la pieza vese al viejo Sileno provisto de un rastrillo de hierro, y dispuesto para limpiar el antro, ó mejor dicho, el establo del cíclope. Ayudado Ulises de sus compañeros, librales de su cautiverio por los mismos medios de que se vale en la *Odisea*.

Polifemo aparece tal como le pintó Homero; pero á sus conocidos rasgos agregó Eurípides una jovialidad tosca que no le sienta mal. Aun antes de embriagarse, y de ver á Ulises, no se desdeña de chancearse con los sátiros: «¿Está dispuesta mi comida?—Sí. Solo falta que tambien lo esté tu tragadero.—¿Están llenas de leche las cráteras?—Sí; puedes beber todo un tonel, si gustas.—¿Leche de cabra ó de vaca, ó leche mezclada?—Como quieras; pero no te me sorbas á mí tambien.—Ni por pienso; me harías perecer una vez en mi vientre, con tus saltos y pernadas (1).» Algo mas adelante, en sus respuestas al hijo de Laertes, que implora la vida para sí y los suyos, expone con humor burlesco los principios de su filosofia de antropófago, y llega á la impiedad y á la licencia cuando se compara con Júpiter y expresa á su talante la opinion que forma del estrépito del trueno; pero despues que ha bebido, alégrase del todo, y el terrible personaje se excede mucho de los límites de aquel chiste decente que, segun Horacio, cabia en la jocosidad de un drama satírico.

Sileno, ladrón, borracho y embustero, en resumidas cuentas, compañero divertido, que durante el festin del cíclope se distingue por algunas travesuras, tampoco está delineado con arreglo al tipo un tanto severo que Horacio prefiere, y que sin duda realizaron Sófocles ó Esquilo.

(1) Eurípides, el *Cíclope*, v. 214 y sig.

Los sátiros no tienen los defectos de su padre; adolecen de otro que tampoco es muy noble, pero que los hace aun mas divertidos que Sileno: son unos solemnes follones. Es de verles y oírles en el momento decisivo, despues que han prometido á Ulises ayudarle en la realizacion de su designio, cuando el tizon está preparado y Ulises les excita á poner manos á la obra.

«ULISES. Silencio, en nombre de los dioses, sátiros; quietos ahí; coseos los labios. Os prohibo que respireis, que pestañeeis, ó que escupais; cuidado con despertar al monstruo, hasta que el fuego haya dado cuenta del ojo del cíclope. EL CORO. Nos callamos, y contenemos el aliento en nuestras gargantas. ULISES. Ea, ahora entrad en la caverna y coged el tizon: está bien y debidamente encendido. EL CORO. ¿No dispondrás quiénes son los primeros que han de coger el madero ardiente y reventar el ojo del cíclope? Pues queremos tomar parte en la aventura. SEMICORO 1.º En cuanto á nosotros, la puerta está muy léjos para que desde aquí quememos aquel ojo. SEMICORO 2.º Y nosotros cata ahí que nos hemos vuelto cojos. SEMICORO 1.º Igual percance me sucede. Cuando estamos de pié, tenemos tirones de nervios, no atino porqué. SEMICORO 2.º ¿De veras? SEMICORO 1.º Y nuestros ojos están llenos de polvo ó de ceniza, venida de no sé donde.

Repréndeles Ulises por su cobardía, y contéstanle ellos alegando que en ello les va la vida, y diciendo que saben un canto de Orfeo, el cual bastará para el caso, y por sí solo pondrá el tizon en movimiento. Déjales Ulises, y corre á la caverna. Recobran entonces toda la energía de sus palabras, y animan con vivas exhortaciones á los que han aco-

metido por ellos la empresa. Búrlanse en seguida del ciclope cegado, y sacan buen partido del equívoco inventado por Ulises: el nombre de *Persona* ó *Nadie* (1) da lugar á una divertidísima escena cómica, completada por el cuadro de los tientos del ciclope y de sus impotentes iras.

No pretendemos incluir este juguete dramático en el número de las obras maestras; pero la accion es rápida, los caractéres están claramente trazados, y la diction tiene mucha fluidez. Su lectura es muy grata, y no exige ninguno de los esfuerzos á que hemos de condenarnos para penetrar el sentido de los versos de Aristófanes, sobradas veces impenetrable para nuestra ignorancia. Esta obra no es comedia, ni aun menos tragedia, á pesar de los nombres de los personajes: es un yo no sé qué al cual no falta mérito ni atractivo.

Volvamos á las tragedias.

Ingenio dramático de Eurípides.

No abrigamos ninguna de las prevenciones que indispusieron á W. Schlegel contra Eurípides, y á las cuales no han sabido resistir del todo otros críticos mas benévolos. Sin embargo, no cerramos los ojos sobre los grandes y numerosos defectos que ofrecen las mas de sus piezas, aunque estos defectos queden ámpliamente compensados por admirables calidades. Convenimos pues en que Eurípides falló en sacrificar á veces la unidad de accion al deseo de amontonar los incidentes y las catástrofes; en que la gradacion

(1) La voz *personne* tiene en francés el doble significado de *persona* y *nadie*, en el cual consiste sin duda el equívoco á que alude el texto; y es de suponer que el equívoco estará tambien en la voz griega.—N. del T.

de las escenas no siempre es muy acertada, y en que para excitar ó reanimar el interés cuenta demasiado con los lances y peripecias imprevistas. Tambien le censuraremos por haber eludido con harta frecuencia, por medios vulgares, las dificultades capitales del arte. Es en demasia socorrido enviar, al principio de una tragedia á algun dios ó algun héroe que nos diga su nombre, nos cuente el motivo de su venida, y nos haga saber el lugar en que se nos aparece, y lo que en él pasó y ahora está pasando, y hasta lo que pasará en breve; en fin, una especie de *cicerone*, cuyo oficioso discurso nos introduzca en la accion de la pieza y casi equivalga á una exposicion. No es menos socorrido cuando no se sabe cómo desenlazar una accion, ó cuando no quiere uno tomarse esta molestia, llamar á un dios á su ayuda, y hacerle bajar de la tramoya, para dar á las cosas un rumbo satisfactorio. Dice con razon Horacio que la divinidad no ha de intervenir en la tragedia sino cuando el nudo es verdaderamente digno de ser desatado por un dios. Al redactar Horacio este precepto de buen sentido, tal vez se acordaba del *Filoctetes* de Sófocles, en el cual aparece Hércules porque debe aparecer, y porque así lo deseamos nosotros. Muchos de los dioses de Eurípides no se presentan sino porque el poeta les necesita. Tambien sentimos que Eurípides desconfiase, según parece, de su ingenio lírico: en sus tragedias, el coro queda reducido á muy exiguas proporciones, figurando, digámoslo así, por la forma; no es verdaderamente personaje, y solo está en relacion indirecta con la accion.

Por consiguiente, cumple convenir con Aristóteles en que no siempre acierta Eurípides en la disposicion de sus piezas, y en que Sófocles fué mas hábil que él en el arte

de combinar el drama con los cantos del coro. Con todo, nos es imposible adherirnos por completo á otros cargos que ciertos modernos le dirigen. A ser cierto que Eurípides alterase á su sabor la mitología, ¿ nos incumbiera inculpárselo? Creemos que ni siquiera necesitaba inventar para dar á las añejas tradiciones el carácter que deseaba. Antes de él, millares de poetas las alteraron, abultaron, retocaron y manosearon en todos sentidos; de suerte que sobre cada asunto habia un sin fin de versiones diferentes. Estesicoro, por ejemplo, trató mucho antes que Eurípides de probar que Helena nunca habia puesto los piés en Troya, y de rehabilitar su virtud. Eso no justifica á Eurípides de haber compuesto una pieza bastante mala; pero vese que era permitido atreverse á mucho, hasta contra las tradiciones mas arraigadas. Creemos que la mitología no era para Eurípides mas que una materia poética, y que este autor no la guardaba muchas consideraciones, particularmente porque las antiguas leyendas no le merecian fe, ni siquiera respeto; y si Eurípides es culpable por haber concebido una idea sobrado eminente de la divinidad, por haber comprendido su unidad, espiritualidad é inefable omnipotencia, debemos ensalzar la noble lealtad de los ciudadanos que acusaron á Sócrates, y la admirable virtud de los jueces que le dieron á beber la cicuta; debemos negar todo adelanto moral, y condenar el principio que nos ha hecho lo que somos.

En órden á la idea del destino, que Eurípides minoró demasiado en concepto de los mismos críticos, diremos en primer lugar que la fatalidad dista de ser el alma de la tragedia antes de Eurípides. Hay algo mucho mas huma-

no, que aparece á su lado y sirve para modificar sus efectos. La fatalidad hace al delincuente involuntario: pero el delincuente se vuelve á su vez, y con ventaja, contra la fatalidad. Oréstes parricida, y Edipo parricida é incestuoso, se reconcilian consigo mismos, con la divinidad y con los hombres, mediante la expiacion, el dolor, y merced al ruego y al arrepentimiento. Eurípides no crea tipos de hombres despeñados directamente por los dioses al abismo de inevitables infortunios: dió otro derrotero á la fatalidad, segun la juiciosa expresion de un crítico; mas no la destruyó. En él, los dioses envian invencibles pasiones á los mortales, y estas pasiones originan los males en que se abisman la dicha y la virtud de los hombres.

Dícese que Eurípides se casó dos veces, y que ambas uniones no fueron muy felices. De aquí, segun algunos, la mala opinion que el poeta formó del bello sexo, y que con tanta frecuencia consignaba en sus versos. Caracterizábasele con el dictado de misogino, esto es, enemigo de las mujeres. Cierto que en sus poemas se hallan palabras que las mujeres no tomarian por cumplido; pero conviene saber si los personajes que las pronuncian hablan segun su carácter, ó si el poeta se cubre con la máscara de sus personajes. Era muy difícil evitar semejantes ataques en unos papeles que apasiona y desconcierta la desesperacion del amor. Esquilo mismo, que nunca pintó á héroes enamorados, pudiera ofrecer figuras análogas, y aun mas violentas, particularmente en el papel de Eteócles de los *Siete contra Tébas*. Por lo demás, Eurípides vindicó altamente su reputacion, creando aquellos puros é interesantes tipos de doncellas que se resignan á la muerte, como Ifigenia, Po-